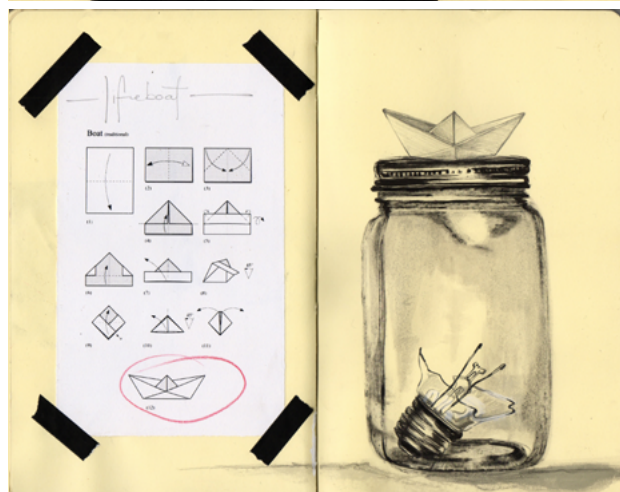


Dibujar es pensar

Por Erika Kuhn



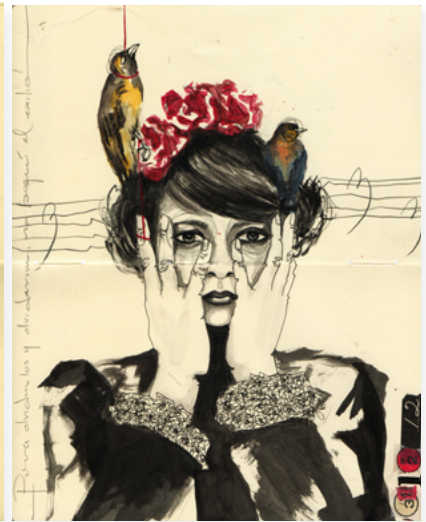
Mi historia con las libretas y el dibujo inició cuando cumplí 15 años y recibí de regalo un diario. Comencé escribiendo en él como hacen casi todas las jovencitas a esa edad, pero mi escritura se transformó en imágenes que, después, se convirtieron en mis diarios visuales. Dibujar en mis libretas es un acto, de inicio, íntimo, es la manera que he encontrado para escribir(me) y dejar, de algún modo, asentado mi paso por esta vida. En la superficie del papel queda manifiesto el resto de cada día, de un tiempo, espacio y afección precisa. Es la estrategia que he inventado para historizarme y reconocirme, recuperar, en ese laberinto, los recuerdos olvidados.

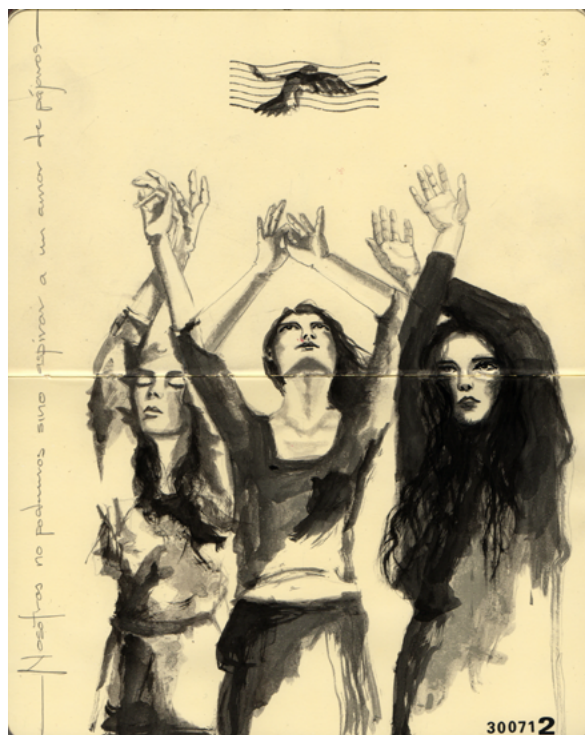
Lo que me interesa es crear escritura. El dibujo como una especie de escritura, que no lenguaje. Escribir es inscribirse en la memoria, en lo simbólico, pero, también es la incisión más real de nuestro deseo. En la escritura siempre está latente el abismo, el vacío ante la imposibilidad de expresar lo real y, ante la búsqueda de respuestas, lo único que se esclarece es la ausencia de certezas. Desde esa perspectiva, no sé determinar quién transforma a quién, no sé si el acto mismo de escribir me transforma, me constituye, o soy yo la que transforma a mi escritura-dibujo.

Mucho se habla de que hay personas que nacieron con un don para el arte, por ello se dice que tienen una virtud, disposición o sensibilidad especial para expresar sus sentimientos más profundos a través de una técnica; sin embargo, el artista no es un ser en tanto que no designa ninguna cualidad real, es decir, no es privilegiado, sino que privilegia su existencia en el mundo. Deleuze decía que “el atributo no designa ninguna cualidad real”. Al privilegiar su existencia en el mundo, el artista hace surgir una necesidad



Artes





intelectiva de búsqueda de sentido, lo cual implica ya en sí una creación. De algún modo, ha encontrado en cada acción, cada imagen, cada objeto que crea, una forma para tatuar el cuerpo del mundo con sus propias interrogantes. La producción artística puede ser vista, entonces, como una metáfora y, en esa medida, da sentido a la existencia de quien la crea.

En mi caso, he encontrado en el dibujo esa forma de registrar el “hacer” cotidiano y ello me permite considerar la imperante necesidad que siempre he tenido de simbolizar mi experiencia o vivencia cotidiana. Recuerdo que, cuando era niña y dibujaba, mi papá decía “dibuja lo que ves”, así que siempre he dibujado por el puro deseo, incluso cuando empecé a estudiar la Licenciatura en Artes Plásticas en la Escuela de Bellas Artes de Toluca. Ahí comprendí que esta habilidad era ir más allá de lo que veía. Aprendí que dibujar es pensar.

A mediados del 2008, comencé la Maestría en Artes Visuales en la UNAM y a practicar más consistentemente el dibujo como una nueva manera de escribir-me, de inscribir-me en el mundo simbólico. Paralelo a mi diario personal (que, al parecer, cada vez contiene menos líneas), mis diarios visuales inauguraron un espacio en el cual mi insistencia, para no desaparecer, ha ido descubriendo el camino que me permite singularizar mi falta como sujeto.

En mi obra es imposible quedarse al margen de influencias de artistas que conforman mi cultura visual: de Egon Schiele, el manejo de la línea, el espacio y la forma; de Käthe Kollwitz, el trazo dramático y manejo de la mancha dentro del dibujo y la manera tan íntima de representación en el mismo; de John J. Muth y Kent Williams, su dibujo figurativo, el color y la mancha de sus acuarelas, y de Fluxus, su antiarte, donde, a pesar de todo y sin poder evitarlo, cada objeto matérico reclama su propia estética.

La obra de Joseph Cornell también ha sido uno de mis antecedentes en cuanto al *collage* de objetos e ilustraciones que conforman sus cajas, lo mismo que el trabajo de Joan Brossa y el fotógrafo Chema Madoz, con el tratamiento que hacen del objeto, dotándolo de una multiplicidad de significantes.

El arte conceptual lo retomo de autores como Joseph Kosuth, On Kawara, Roman Opalka y Sophie Calle, por ejemplo. Ha tenido gran influencia en mi producción, en tanto que es



un arte caracterizado por sus relaciones con el lenguaje y la temporalidad implícita, es decir, por el discurso y el pensamiento del artista.

Los escritores y teóricos que han transformado mi visión y mi relación con mi cotidiano y, en ese sentido, mi vida, han sido tal vez muchos, pero, nunca nadie como Pablo Fernández Christlieb, Alejandra Pizarnik, Clarice Lispector, Maurice Blanchot y Edmond Jabés. Todos ellos tienen una coherencia en su pensar y su actuar; sin ser considerados exactamente artistas, para mí lo son, porque, al igual que los antes citados, han hecho de su vida y su postura ante ella, una obra de arte.

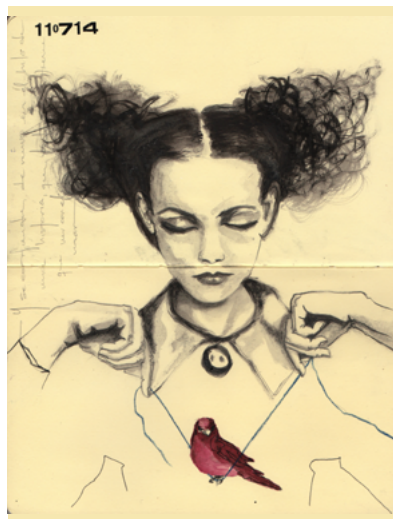
Tratar de ser coherente es importante, porque también soy docente. Es la imposibilidad de enseñar, como dice Lacan, porque solo nos mostramos ante los alumnos y ante los otros. El conocimiento siempre da la posibilidad de ampliar la mirada del mundo, de imaginar, de mirar lo que no todos ven, pero, el hacer, el trato y la postura en el día a día no se pueden transmitir, solo mostrar.

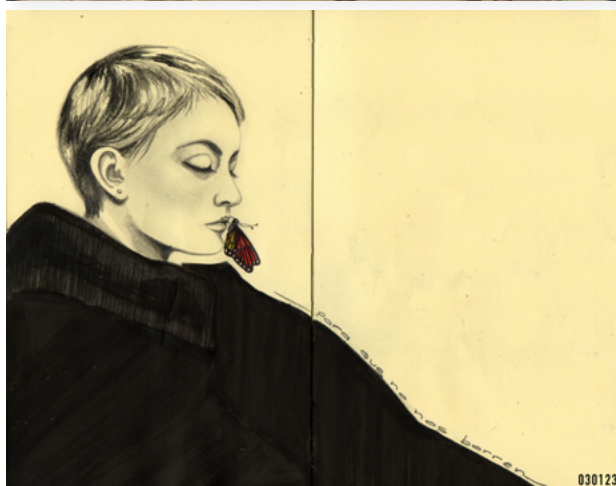
Mi trabajo estético, por tanto, se inspira en cualquier vivencia, canción, poesía o verso con el que me siento identificada, un objeto o una circunstancia de mi vida es dispositivo para historizarme. Mucho he insistido en la manera en cómo nos relacionamos con el mundo, con los otros, en el trato. Es importante bajar un poco la velocidad y darnos la oportunidad de dejarnos afectar por el entorno. Un estado de “afectación”, de falta, por parte de un sujeto, siempre es motivo de creación, no solo artística, sino de pensamiento, de afectos, de relaciones, en pocas palabras, de sensibilidad.

Otra forma de crear es desde la falta. Un sujeto “convaleciente”, que vive en un estado de “afectación”, es más susceptible que se deje poseer o apoderar por la realidad y, en esa posición receptiva (que no pasiva), puede descubrir, en los objetos y en la propia vivencia cotidiana, nuevos mundos, nuevos cuestionamientos. No es en vano que se escuche decir que “no hay felicidad inteligente”.

Esta experiencia radical de creación difícilmente puede darse cuando nos encontramos cómodos en nuestro ambiente, por el contrario, lo que la favorece es una situación de crisis no resuelta, un estado de “afectación”, de falta por parte del sujeto, ya sea como creador o espectador. Suelo decir a mis alumnos que es indispensable dejar de vivir como anestesiados, indiferentes a lo que pasa en nuestro entorno, de ir caminando por la vida sin ni siquiera voltear a ver con qué nos tropezamos. Creo vehementemente que, cuando nos dejamos afectar por el mundo, necesariamente nos vemos empujados a poner en tela de juicio lo que nos habían contado, lo que creíamos saber.

Aquí que, desde que dejé de preocuparme por los “errores” que pudiera tener al dibujar, comencé a evidenciarlos, incluyendo, a veces,

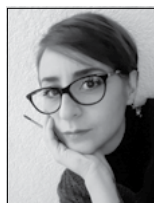




parches, pegotinas, rayones, manchas. La incomformidad de no poder dibujar con libertad es lo que me permite seguir experimentando con los materiales, con los trazos.

Otro aspecto importante es no dejarse llevar por la primera impresión al ver un trabajo artístico. Muchas de mis obras, o la mayoría, tienen como personajes a mujeres, pero no me veo como una artista feminista. Hablar de feminismo en estos tiempos parece, más bien, un eslogan político, un asunto de opinión pública que conforma un discurso que socialmente estipula y norma lo que se puede hacer, pensar o sentir al respecto, pero que resulta incomprensible y desencajado vivirlo del otro lado, del lado de lo privado, como diría Christlieb. El debatirse entre cumplir con el mandato social que tiene la mujer en nuestros tiempos y vivir, por ejemplo, el asunto del amor y el desamor. Eso, desde mi perspectiva, no es de interés público, puesto que es un asunto privado, la cuestión personal de todas a solas. Quizá muchas se identifican con mi propuesta, pero nada más.

Comparto mis obras en redes sociales, pero mi relación con estas plataformas ha cambiado después de vivir el confinamiento por la pandemia de covid-19. Comencé a vivir un proceso de repliegue, no desde el ámbito físico-social, sino íntimo-personal. El día a día es, a veces, tan complicado que poco tiempo y energía me quedan para todavía lidiar con mi vida desde lo virtual, por eso, digo, hay que bajar la velocidad. 



Erika Kuhn es maestra en Artes Visuales por la Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM. Ha montado cerca de 30 exposiciones colectivas y cinco exposiciones individuales, una de ellas como ganadora del concurso "Arte Abierto. Arte para todos", que convoca el Museo Universitario "Leopoldo Flores" de la UAEMéx. Fue seleccionada en la segunda Bienal Internacional Universitaria, convocada por dicha institución. Ha obtenido diversas distinciones en concursos de dibujo, y sus imágenes han sido publicadas en revistas y libros de distribución nacional e internacional, así como también en blogs, artículos literarios y revistas digitales. Es docente en la Licenciatura en Artes Visuales en la Escuela de Bellas Artes de Toluca, además de productora plástica de 2005 a la fecha.